

# LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO"

## LA ENCUESTA DE "EL TELEGRAFO" ES CLAUSURADA POR INNECESARIA

El 22 del mes pasado, según recordarán nuestros lectores, abrimos una encuesta provocada por una carta del señor Consúl del Ecuador en New Orleans, don Carlos A. Bernico, quien nos transmitía una petición recibida del señor M. A. de Vitis, Miembro de la Facultad de Letras de Pittsburg y editor de una Antología de Autores Americanos, contraída a invitarnos a colaborar en la mencionada obra, en lo que se refería a la selección de poemas nacionales, por medio de una votación plebiscitaria, cuyo resultado sería enviado a la Sociedad Jurídico Literaria de Quito, para que ella, en último término, señalara cuáles eran las diez mejores poesías ecuatorianas. Nosotros, accediendo inmediatamente y recibimos algunas respuestas—no tantas que nos permitieran hacerlas públicas—y también la carta que al pie de estas líneas se lee y que hace innecesaria ya nuestra labor.

Nuestro amigo J. A. Falconi Villagómez, nos ha precedido en el envío de los poemas al señor de Vitis desde hace dos meses, pues su no desmedida cortesía se ha objetado esta vez dando respuesta preferentemente, con más rapidez que la que nosotros hubiéramos empleado en realizar la encuesta.

Su prioridad es incontestable y si mostró siempre tan depurado gusto literario, creemos que las letras nacionales figurarán, por su intermedio, honrosamente en la Antología de Poetas Americanos del señor de Vitis.

Guayaquil, febrero 4 de 1920.  
Señor don José A. Castillo, Director de EL TELEGRAFO.

Ciudad.  
Distinguido señor y amigo:

Habiendo leído en su importante diario la publicación de una encuesta, abierta para los lectores de EL TELEGRAFO, acerca de la apreciación de éstos respecto a las mejores composiciones de poetas ecuatorianos que deben figurar en la "Antología Hispano-Americana", que se propone editar en Estados Unidos, Mr. A. de Vitis, profesor de Castellano en la Escuela de Pittsburg, Pa., me dirigió a usted acompañándole el original de una carta que recibí en meses pasados del distinguido hispanista yankee solicitando mi colaboración en el envío de poemas ecuatorianos para dicha obra.

En tal sentido creo extemporánea toda encuesta, pues en hora oportuna

accedí al pedido del publicista norteamericano, desentando toda idea de aprovechamiento personal y guiado sólo por urbanidad epistolar y el desinteresado anhelo que he manifestado siempre que se trata de dar a conocer las letras nacionales en el extranjero. Así, pues, no es aventurado suponer que a esta fecha el publicista de la gran República, haya seleccionado algo de mi envío.

Por otra parte, no escapará a su recto juicio las dificultades que tendría usted que vencer para llevar a feliz término dicha encuesta, contando con la heterogeneidad de gustos del público que todo lo lee, al querer armonizar con un criterio literario por más generoso y benevolo que fuera. Mas bien creo yo susceptible esta compilación llevada a cabo por un Ateneo o sociedad integradas por gentes de letras, de la cual por idiosincrasia carecemos, antes que servir de materia de un plebiscito periodístico.

Excusando haber distraído la atención de usted sobre este punto y autorizándole para la publicación de estos renglones, quedo de usted atento servidor y amigo.

J. A. Falconi VILLAGOMEZ.  
Ex-Codirector de "Renacimiento".

Pittsburgh Public Schools.—William M. Dawson, Superintendent.—Pittsburgh, Pa.

Fifth Avenue High School, Edw. Ryecarson, principal.  
Febrero 1919.

Señores Falconi Villagómez y Medardo Angel Silva, Quito.

Muy señores míos y de toda mi consideración:

Hace cinco años que estoy coleccionando poemas hispano-americanos para una antología que voy a publicar este año, pero en cuanto a publicar buenos poemas de su país no he obtenido buen éxito. Tendrán ustedes la bondad de enviarme una colección o dos de poemas ecuatorianos? Cuestión lo que cuesten les enviaré cheque por la cuenta en cuanto reciba noticias de ustedes. Agradecería también un par de revistas, sobre todo la renombrada "Renacimiento".

Anticipándoles las gracias por su disturbio quedo de ustedes atento y S. S.  
M. A. de VITIS.  
Profesor en la Fifth Avenue High School de Pittsburg, Pa.; autor de varios textos de escuela, etc., etc.

## LA MUERTE DE HONORATO DE BALZAC

El 18 de agosto de 1850, mi mujer me dijo que Balzac estaba agonizando, y lo sabía porque había estado en la casa de la señora de Balzac, por la mañana. Me apresuré, pues, a trasladarme a su casa.

Balzac hacía diez y ocho meses que sufría de una hipertrofia del corazón. Después de la revolución de febrero se trasladó a Rusia en donde se casó. Algunos días antes de su partida lo había encontrado en el boulevard; ya se quejaba y respiraba con dificultad. En mayo de 1850 volvió a Francia, casado, rico y querido. A su llegada tenía las piernas hinchadas. Una consulta de cuatro médicos lo auscultó. "No dura ocho semanas" me dijo el doctor Louis Padece la misma enfermedad de Federico Soulier.

Llamé. La luna lanzaba un reflejo velado por las nubes. La calle se hallaba solitaria. Nadie respondió. Llamé por segunda vez. La puerta se abrió. Una sirvienta se asomó con una palmtoria en la mano.

—¿Qué quiere el señor?—preguntó llorando.

Di mi nombre. Me hizo entrar en el salón del piso bajo, en el cual vi en una mesa oscura a la chimenea, el busto colosal, en mármol, de Balzac, hecho por David. Una bujía ardía en una chimenea central ovalada sostenida por cuatro estatuillas de pórfido.

Otra mujer se me acercó también y llorando me dijo:

—Se muere. La señora se ha encerrado en su habitación. Los médicos lo han abandonado desde ayer. Tiene una herida en la pierna izquierda que está gangrenada. Los médicos no saben qué hacer. Dienen que la hidropesía del señor, una hidropesía diférica, una infiltración, tal es su expresión, que la piel y los carnes están como el toino y que es imposible puncionarlo. Pues bien, el último mes al acostarse el señor, se hizo con un mueble adornado, la piel se desgarró y por allí se salió toda el agua del cuerpo. Los médicos dijeron: "¡Cuidado!" Esa circunstancia los admiró y desde entonces le han puncionado; se habrán dicho: ¡imitemos a la naturaleza! Pero se presentó un abceso en la pierna. M. Roux hizo la operación. Ayer quitaron el aparato. La herida en lugar de supurar se encontraba roja, seca y brillante. Entonces dijeron: "está perdido" y no han vuelto. Se han llamado cuatro o cinco médicos inútilmente. Todos han dicho: "No hay nada que hacer". La noche la pasó muy mal. Esta mañana a las nueve ya no hablaba. La señora envió a buscar un sacerdote; vino y dijo al señor la extremaunción. El señor hizo una señal de que comprendía. Una hora después estrechaba la mano de su hermana, Mme. de Souville. Desde las once agonizó y no se ve a nadie. No pasará la noche. Si quiere el señor iré a buscar a Mme. de Souville, que no está acostada.

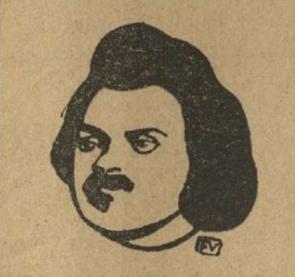
La mujer me dejó solo. Esperé algunos momentos. La bujía alumbraba apenas el espléndido mueble del salón y las magníficas pinturas de Porbus y de Holbein que pendían de los muros. El busto de mármol se destacaba vagamente en la sombra como el espectro del hombre que

iba a morir. Un olor de muerte le daba la casa.

Mme. de Souville me repitió lo que me había dicho la criada. Solicité ver a M. de Balzac.

EL CUARTO DE BALZAC

Atravesamos un corredor, subimos una escalera cubierta por una alfombra roja y llena de objetos de arte, cuadros, estatuas, cuadros, aparadores con espejos, después en otro corredor percibí una puerta abierta. Oí un estertor fuerte y siniestro. Estaba en el cuarto de Balzac.



HONORATO DE BALZAC

Vi un lecho en la mitad de la cámara. Una cama de caoba que tenía en los extremos, travesaños y cordeles que indicaban un aparato de suspensión destinado a mover al enfermo. M. de Balzac estaba en ese lecho con la cabeza apoyada en un montón de almohadas a las cuales se había agregado cojines de damasco rojo del censo de la cámara. Tenía la cara violácea, casi negra, inclinata a la derecha, la barba algo crecida, los cabellos entre cano y cortados, los ojos fijos y abiertos. Lo veía de perfil y así me parecía un emperador.

Una anciana, la enfermera, y un criado, estaban de pie a ambos lados de la cama. Una bujía ardía detrás de la cabecera, en una mesa; otra en una cómoda cerca de la puerta. Un vaso de plata estaba colocado en la vasera.

Aquel hombre y aquella mujer, mudos por una especie de terror, escuchaban el estertor ruidoso del moribundo.

La bujía de la cabecera alumbraba vivamente el retrato de una joven sonrosada y sonriente suspendido sobre la chimenea.

El lecho exhalaba un olor insoportable. Levanté el cobertor y tomé la mano de Balzac. Estaba cubierta de sudor. La estreché, no respondió a la presión.

Un mes antes lo había visitado en un mes cuarto. Estaba alegre, esbaldado y no dudaba de su curación. Habíamos conversado y discutido de política. Me criticaba "mi demagogía". Era legitimista. Me decía: "Cómo pudiste renunciar con tanta seriedad al título de par de Francia, el más bello después del rey de Francia".

Me decía también: "Tengo la casa de M. Beaujon, sin el jardín, pero con una tribuna que mira a la iglesia de la esquina. En mi escalera hay una puerta que se abre y da a la iglesia. Una vuelta de tuerca y estoy en misa. Voy más a esa tribuna que a la que da al jardín".

Y hasta un reloj de bronce, que toda elegancia clásica y fina, muy siglo diez y ocho y muy francesa.

Como a una antigua evocación cristiana el Angelus desgrana una campana desde la vieja torre de un convento, perfumando de paz el pensamiento, y esfumando la angustia del momento en las nostalgias de una paz lejána.

Cesó la pipa de humear... Baroja con la cabeza oculta entre las manos, el fardo estéril del presente arroja, y se pone a añorar tiempos lejanos!...

Montañas de Vasconia!... Verdes (lomas; encinares, robledos, caseríos, que cual bandos dispersos de palomas perlan el regio arriño de sus plumas en las claras espumas de los azules y armoniosos ríos, mientras la voz de plata de la esquela con timideces de cristal vacila entre el estruendo de los tamboriles, y el Cantábrico mar, espumando rugientes iras de león en celos, al romperse en los ásperos cantiles, enronquece de rabia, amenazando con embrietas de "tán al cielo"!

Azorin se transforma... En luz (se anega la máscara glacial de su semblante, al recordar, como a una virgen griega, la desnudez morena de Alicante!...

Arquitecturas de mujer!... Colinas como senos erectos y laderas con amplios morbideces de caderas y suavidad de curvas femeninas... Tiembla la tierra bajo un sol de (fuego... Y animan con sus voces las cigarras la injuria pagando de las parras y el estertor verdor del murto griego!

Y allí en el fondo del palmar ve en un glorioso triunfo de acuarela, la azul serenidad del mar latino idealiza el sueño de una vela!...

Desángrase la tarde en los espejos, y mientras en la sala todo ahora vagas ternuras y paisajes viejos, en la calle vecina, la indiscreción del organillo llora los saudios compases de "Mari (na)".

Desángrase la tarde en los espejos, y mientras en la sala todo ahora vagas ternuras y paisajes viejos, en la calle vecina, la indiscreción del organillo llora los saudios compases de "Mari (na)".

Desángrase la tarde en los espejos, y mientras en la sala todo ahora vagas ternuras y paisajes viejos, en la calle vecina, la indiscreción del organillo llora los saudios compases de "Mari (na)".

Desángrase la tarde en los espejos, y mientras en la sala todo ahora vagas ternuras y paisajes viejos, en la calle vecina, la indiscreción del organillo llora los saudios compases de "Mari (na)".

Desángrase la tarde en los espejos, y mientras en la sala todo ahora vagas ternuras y paisajes viejos, en la calle vecina, la indiscreción del organillo llora los saudios compases de "Mari (na)".

Una que a la que da, al jardín. Cuando lo dije me condujo hasta dicha escalera con paso dificultoso, me mostró la puerta y dijo a su mujer: "Sobre todo, que vea Hugo mis cuadros".

La enfermera me dijo:—Morirá al amanecer. Descendí llevando en mi mente esa figura lívida; al atravesar el salón volví a ver el busto inmovil, inmutable, altivo y con una concepción vaga; como la muerte a la inmortalidad.

Entré en casa, era un domingo, encontré varias personas que me esperaban, entre otras Riza-Bey, encargado de negocios de Turquía; Navarrete, el poeta español, y el conde de Acriabene, proserito italiano. Les dije: señores, Europa va a perder un gran talento.

Aquella noche murió. Tenía cincuenta y un años.

### EL ENTIERRO

Lo enterraron el miércoles. Al principio fue expuesto en la capilla Beaujon y pasó por la puerta, cuya llave lo era más preciosa que la de todos los jardines parisenses, del viejo jardinero General.

El mismo día de su muerte Gerard tomó el retrato. Se quiso hacer la máscara, pero lo rápido de la descomposición no lo permitió. Al día siguiente de su muerte, los obreros modeladores encontraron el lomo deformado y la nariz caída sobre la mejilla. Se le puso en un féretro de encina forrado de plomo.

El servicio se hizo en San Felipe de Roule. Recordé a la vista del letrero que mi segunda hija había sido bautizada en esa iglesia en la que no había yo vuelto a poner los pies desde entonces. En nuestros recuerdos la muerte se confunde con el nacimiento.

El ministro del interior, Baroché, concurrió a las exequias. Estaba en la iglesia cerca de mí, delante del catafalco, y a veces me dirigía la palabra. Era un genio.

El cortejo atravesó París por los boulevard hasta el Pene-lachaise. Llovía cuando partimos de la iglesia y llegamos al cementerio. Era uno de esos días en los cuales parece que el cielo llora.

Hicimos a pie todo el trayecto. Caminaba yo a la derecha del féretro, llevando la bola del paño mortuario. Alejandro Dumas iba del otro lado.

Cuando llegamos a la fosa, que estaba situada en lo alto de la colina, había una inmensa turba; la vía estrecha y dificultosa apenas podía contener el coche fúnebre, que retrocedía a pesar de los esfuerzos de los caballos. Me encontré entre una rueda y una tumba. Estuve a punto de ser pisoteado. Los espectadores que estaban sobre la tumba me subieron en peso junto a ellos.

Se descendió el féretro a la fosa, situada cerca de los de Carlos Nodier y Casimiro Delavigne. El sacerdote rezó la última oración. Yo pronuncié algunas palabras. Cuando hablaba, el sol desapareció en el horizonte. Todo París se me apareció a lo lejos, envuelto en la bruma espléndida del horizonte. A mis pies la tierra temblaba a la fosa y su ruido sordo al caer sobre el féretro interrumpía mis palabras.

VICTOR HUGO.

## RAFAEL NUÑEZ Y J. ASUNCION SILVA JUZGADOS POR RUBEN DARIO

Era en París y en 1900 año de la grande exposición universal. Se creía que se hubieran dado cita allí todas las notabilidades del mundo y muy en especial los grandes artistas y escritores. En esa metrópoli, latina, los que tienen afinidades de gustos, de ideas, y hablan la misma lengua, se buscan y acaban por encontrarse, formando pequeñas colonias que se reúnen sin cita ni acuerdo previos en determinados cafés; los españoles y americanos y algunos jóvenes escritores franceses se reunían en Calisaya pequeño café del Bulevar de los italianos. Allí pasaban gran parte del día y toda la noche: Rubén Dario, Oscar Wilde, Lajennesse, Gómez Carrillo, Lorrain, Moreas, Meudes, etc. Debo confesar que siempre que concurrí a dicha reunión fui por complacer a mi compañero el poeta Valencia, pues pronto me convení de que era el tiempo y el dinero peor empleados los que se gastaban en compañía de tan ilustres personajes. Recordando que al salir le dije a mi compañero: "No me vuelva usted a traer donde sus queridos poetas! Qué inferiores son todos ellos a Silva. Saber que Borelli ha producido la más bella flor de cultura de su época, es lo único que he sacado del trato y conocimiento de estos hombres. Estamos de acuerdo, Valencia? Y el poeta asienta con legítimo orgullo.

Concurrían ellos, como digo, a dicho café y se dejaban tratar con el fin de beber a expensas de su numeroso y andados admiradores, pues cuando las tardes no marchaban con la regularidad debida, se mostraban hoscos, despreciosos y mal humorados. Dario tenía tres períodos o fisonomías muy distintas que todos le conocían; cuando llegaba al café y principiaba a cultivar al probable auditorio, era tímido, amable, adúltero y taciturno, pero en cuanto algún tropical rompía el silencio con el tradicional "¿Qué toman?" entonces, Rubén se transformaba, y con cara y ademanes alegres exclamaba: "¡Déjeme a mí que ordene una bebida, una verdadera novedad, que se me ha ocurrido esta mañana entre la cama; y en mal francés ordenaba al garçon un menajure en que mezclaba media docena de vinos, jarabes y licores exóticos.

"No les pareció delicioso?—nos decía colocando la copa vacía sobre la mesa de mármol. Pero este cocktail no es nada comparado con este otro que yo mismo les voy a preparar. Conviézanse ustedes, mis amigos, de que estos sí son mis mejores poemas!"

Y cuando tenía entre pecho y espalda una media docena de poemas se transformaba por pocos momentos en un Vargas Vila cualquiera: agredía insultaba a todos los escritores presentes y presentes, sólo él era grande, sólo él era divino. Venía después de la postulación y caía por horas en un estado de embriaguez penoso. Qué triste era verle así.

"¡Sabéis cómo te llama Rivas!" dijo un día Gómez Carrillo. "¡El poeta sublime!" Yo me incliné en señal de protesta para dirigir la tempestad sobre la cabeza de Gómez Carrillo.

"Especie de indio Chorotea, paralizado en salsa a la francesa"—le gritó Dario, mostrándole los puños—"¡gracias vives de repetir mal en tus crónicas los diálogos de Hispano América, los que ellos decir a las demi-mondaines y a los rufianes tus amigos, tú que acasas pasas a la historia de la literatura, ver, por haber sido amigo de Rubén Dario, vienes a insultarme!"

Oh infiel y mal agradecido aborrecido americano!"

Carrillo con una sorna y tranquilidad admirables me replicó: "¿A te he dicho Rubén que te soporte con humildad y hasta a placer tus insultos, pero te repito lo único que me irrita de tí y que te toleraré jamás es que me leas atrocidades poéticas en francés!"

Pero me estoy bifurcando demasiado; contaré pues, que uno de esos momentos de exaltación nerviosa que se aprovechaba para inquirir la opinión de Dario sobre los poetas y escritores de Colombia la grande.

"¿Usted es un grande admirador de Núñez, no es verdad?"

"De qué Núñez me habla usted, me contestó.

"De Rafael Núñez, el poeta y crítico colombiano.

"No lo conozco.

"Pero si usted escribió en el "venir de Cartagena un largo y digno artículo.

"No lo conozco.

"Pero si ese artículo le sirvió usted para que lo nombraran Cónsul de nuestro país durante varios años. Dígame Rubén, entonces no conoce usted nada de Colombia?"

"Colombia?—dijo haciendo un esfuerzo como para fijar su pensamiento—"De Colombia sólo conozco: el Tequendama, y un hombre que se ahoga entre sus aguas, su cara la veo, está sumergida, pero sus ojos hábiles y bellas me revelan que Silva!

"¡La bonne heure!—grité brazándole y llenándole la copa vacía.

"¡La bonne heure!

"El Nocturno, agregó, es la obra singular, es el arco total de la poesía moderna castellana!"

Evaristo RIVAS GROOT.

## PHAROS

Carne Blanca divina sobre el sueño calcaña, rastro de rosas difusas y de muslos de oro, que aromásteis los sueños del voluble Harmodoro y endulzásteis el verbo con vuestra miel sagrada...

Palpita en vuestra entraña la interna llamarada del sol, a los prodigios de tu exótico decoro; ya las desnudas ninfas volcaron su tesoro y sus fragantes pétalos lumíneos, la alborada...

Cuando os ausculto advierto vibrar en vuestras venas una canción fraguada con lirios y azucenas, una emoción que en lágrimas difaniza la vida; porque con vuestra sangre rima el dolor sus ansias

se y se constela de ópalos y de tristes fragancias la Muerte que nos muestra su flámula encendida.

Ramón Rivero FALCONI.

## EL SEÑORITO JUERGUISTA...

Yo tuve una época en la que, por estos días, me entraba todos los años una profunda admiración hacia don Juan Tenorio y pretendía sustituirle. Don Juan Tenorio me parecía entonces una figura extraordinaria, un hombre como ya nunca se podrá ver otro. Hoy, en cambio, cada vez que veo al burlesco de Sevilla despatchando sobre un escenario sus osetosilabos y sus endecasílabos, no puedo menos de pensar para mis adentros:

—¿Qué palmazo!

Don Juan Tenorio, en efecto, no era más que un señorito pelmazo. Era uno de estos señoritos bronquistas que, desde tiempo inmemorial, vienen editándose en España a millares de ejemplares. Vistiendo ustedes de americana o de smoking, háganlo hablar en prosa y se convencerán inmediatamente de que el antiguo juerguista español no tenía, ni más románticismo, ni siquiera más capacidad de estómago que el juerguista moderno. Cuando yo oigo a Don Juan Tenorio relatar sus proezas por boca de Zorrilla, me parece estar escuchando a uno de estos amigos que en un cabaret de Madrid suelen decir a uno:

—No sabe usted lo que hemos hecho ayer. Ha sido estupendo. Estábamos Periquito Restrepo, Manolín Barbaflorida y yo. Barbaflorida le había sacado veinte mil pesetas a un usurero y nos convidó a cenar con unos amigos. Nos pusimos bastante alegres, y entonces Perino se bebió un frasco de salsa inglesa. "A qué no nos vamos a hacer lo mismo?"—nos dijo—"¿Qué no somos capaces de hacer lo mismo?"—le contesta Barbaflorida.—Y va y se bebe usted lo

que se le ocurre? Pues comerse el frasco que había dejado Perico. ¡Lo que nos divertimos! Luego cogimos a las chicas, que se habían quedado dormidas, las metimos en un cochecito y las fuéramos para Valladolid. ¡Habría que verlas cuando se despertaban allí sin dinero para la vuelta! Lo malo es que Manolín y Periquito disputaron a causa de lo de la salsa inglesa y tienen concertado un lance. Debían haberse batido ya, pero todavía se encuentran indispuestos.

Dentro de algunos años, si se establece un impuesto serio sobre la renta y si la mujer adquiere un poco de independencia económica, es poco probable que el señorito español pueda seguir haciendo las mismas cosas que Don Juan, porque, al fin y al cabo, Don Juan no conquistó nunca a nadie. O preparaba encerronas para las mujeres que pretendía, o se gastaba con cada una de ellas una de las fincas que había heredado de su padre. Y cuando se encontró con una mujer que no era mercenaria, el terrible enamorado se enamoró. Estaba ya Don Juan, seguramente, un poco malo del estómago, y entonces el señorito juerguista descubrió su fondo de clericalismo y pretendió que todo le fuese perdonado en un instante.

Es poco probable, digo, que el tipo de Don Juan subsista dentro de algunos años; pero hasta ahora ¡por qué no había de subsistir! ¡Por qué había de haberse transformado la psicología del señorito juerguista en una sociedad donde no se ha transformado ninguna otra cosa?

Y el único sirviente, hosco y austero, como su traje roído y enlutado, parece un espectral sepulturero por el pincel de Goya dibujado...

Una leve objeción tartamudea... La sombra fugitiva de una idea un faro enciendo en su mirar dorado... Y después con un gesto volteriano, vuelve a tomar rapé, su blanca mano en la cajita azul, de oro bruñido que ostenta, cual preciosas miniatura,

## LOS CAFES DE MADRID. — PIO BAROJA Y AZORIN

Un vetusto café destartado, en la plebeya soledad perdido de un barrio polvoriento y apartado, como arcaico bajel desarbolado, que al sol se pudre de quietud y olvido entre arenas y rocas encallado.

Sus divanes azules pringan tonos anécdotas de tesis; son oscuros cánceres de humedades y abandonos en la vejez leprosa de sus muros.

En el único espejo, como en una gangrenosa y palúdica laguna, dejaron su espejismo los desiertos, y en sus aguas verdosas y estancadas, se ven todas las cosas deformadas como en el fondo de unos ojos muertos.

De los focos los lividos criativos que enturbian las arañas con sus redes, proyectan en la cal de las paredes, parpadeos de cirios sepulcrales.

Y a su triste fulgor la estancia lobregueces de fúnebre capilla, se come los tapices la polilla, y devora sus techos la carcoma!...

El clásico piano silencioso, en medio del incómodo reposo de la sala vacía, de telarañas y de polvo lleno, es como un ataúd en cuyo seno yace una virgen muerta: la Harmonia!

En el áureo verdín de las molduras hay cicatrices y desgarraduras, huellas de antiguos crímenes impresas; y ros evoca el mármol de sus mesas lápidas de olvidadas sepulturas.

Y el único sirviente, hosco y austero, como su traje roído y enlutado, parece un espectral sepulturero por el pincel de Goya dibujado...

Y hasta un reloj de bronce, que toda elegancia clásica y fina, muy siglo diez y ocho y muy francesa.

Como a una antigua evocación cristiana el Angelus desgrana una campana desde la vieja torre de un convento, perfumando de paz el pensamiento, y esfumando la angustia del momento en las nostalgias de una paz lejána.

Cesó la pipa de humear... Baroja con la cabeza oculta entre las manos, el fardo estéril del presente arroja, y se pone a añorar tiempos lejanos!...

Montañas de Vasconia!... Verdes (lomas; encinares, robledos, caseríos, que cual bandos dispersos de palomas perlan el regio arriño de sus plumas en las claras espumas de los azules y armoniosos ríos, mientras la voz de plata de la esquela con timideces de cristal vacila entre el estruendo de los tamboriles, y el Cantábrico mar, espumando rugientes iras de león en celos, al romperse en los ásperos cantiles, enronquece de rabia, amenazando con embrietas de "tán al cielo"!

Azorin se transforma... En luz (se anega la máscara glacial de su semblante, al recordar, como a una virgen griega, la desnudez morena de Alicante!...

Arquitecturas de mujer!... Colinas como senos erectos y laderas con amplios morbideces de caderas y suavidad de curvas femeninas... Tiembla la tierra bajo un sol de (fuego... Y animan con sus voces las cigarras la injuria pagando de las parras y el estertor verdor del murto griego!

Y allí en el fondo del palmar ve en un glorioso triunfo de acuarela, la azul serenidad del mar latino idealiza el sueño de una vela!...

Desángrase la tarde en los espejos, y mientras en la sala todo ahora vagas ternuras y paisajes viejos, en la calle vecina, la indiscreción del organillo llora los saudios compases de "Mari (na)".

Desángrase la tarde en los espejos, y mientras en la sala todo ahora vagas ternuras y paisajes viejos, en la calle vecina, la indiscreción del organillo llora los saudios compases de "Mari (na)".

Desángrase la tarde en los espejos, y mientras en la sala todo ahora vagas ternuras y paisajes viejos, en la calle vecina, la indiscreción del organillo llora los saudios compases de "Mari (na)".

Desángrase la tarde en los espejos, y mientras en la sala todo ahora vagas ternuras y paisajes viejos, en la calle vecina, la indiscreción del organillo llora los saudios compases de "Mari (na)".

## STUDIO

Fiel al simbolo-rosa de un ensueño distante, bicrede la azul turquesa del mar en raudó giro, una diáfana góndola va ciada en un suspiro, por el hechizo mágico de un viejo hierofante.

Catorce niveos cisnes-plumones de diamante—con el rosado pico llevan la luz de Tiro; tejen sobre las ondas como sobre un papiro la leyenda encantada de Titania y Atlante.

Y mientras raudó avanza el bucentauro de oro y el cielo azul se cubre de harmonías en coro la faunalla preside desde su dombo el sol...

todo el magno prodigio de de la sombra se agita, al fiat del rubio es pismo de la casta Afrodita, el corazón del mundo tiembla al compás del sol...

Ramón Rivero FALCONI.

## MEXICO RECIBE EL CADAVER DE AMADO NERVO

De nuestros canjes extraemos la siguiente nota cablegráfica que en su laconismo deja entrever el sentimiento de pesadumbre y congoja que se produjo en México con motivo de los funerales del dulce Poeta:

"Han llegado a Veracruz los restos de Amado Nervo. En medio del estampido de los cañones, el URUGUAY entró a la bahía, dejando en el muelle la caja que trae el venerado cadáver. Los barcos de guerra PATRIA (cubano), NUEVE DE JULIO (argentino), y el crucero mexicano ZARAGOZA, venían escoltándolo, más de veinte mil personas presenciaron la imponente entrega del ataúd. Las banderas de Argentina, Uruguay